

Así él hablaba: y súbito inflamado
Tobías, submayoral, de estro divino,
Con que no rara vez hánse crispado
Los músculos de un rústico mezquino;
Entonó, cual oráculo sagrado,
Aqueste epitalamio peregrino,
Que los bardos etéreos, en gran coro,
Confiraron luego á su laúd sonoro.

“Te bendigo ¡oh Creador omnipotentel;
Tu inmensa gloria por doquier destella,
Desde el roble y el cedro redolente,
Hasta el tomillo que la planta huella;
Desde el rey de los astros refulgente,
A la remota más pequeña éstrella;
Desde la alta montaña blanquecina,
Hasta la humilde herbífera colina.

“Cuando yo escucho de tu voz el trueno
Que por la tierra con fragor retumba;
Cuando desgarrá de la nube el seno
Y tu rayo los árboles derrumba;
Cuando le quitas al volcán su freno,
Y las ciudades trueca en vasta tumba:
Estas cosas me pasman, me horrorizan,
Y mis cabellos y mi piel se erizan.

“Mas al verte bajar de los sitiales
De tu altísimo alcázar diamantino,
Y esconder tus fulgores eternals
Dentro del barro de este ser mezquino,
Y enlazarte á los míseros mortales
Con el nudo más fuerte y peregrino:
Esto me asombra aun más, y me arrebatá,
Y mis potencias y mis fibras ata.

“Grande eres, oh Jehová, del mundo dueño,
Y altamente magnífico y loable:
Pero hoy, al contemplarte tan pequeño,
Más bello me pareces, más amable;
Ya cierre tus ojuelos blando sueño,
Y esta rústica trova me sea dable
Cantar para arrullarte, dulce niño,
Más blanco que la nieve y el armiño.

“¡Cuánto puedes, oh amor! Gentil doncella,
Gran prodigio de gracia y hermosura,
Más que la aurora y el lucero bella;
De la gentil Sarón en la llanura
Vió la primera luz: era la estrella
De toda esa región; sencillá y pura
En el hogar pacífico crecía,
Do cuantiosas riquezas poseía.

“Su rebaño sin número triscaba
Hasta las verdes faldas del Carmelo;
Ella misma su ható apacentaba
A la margen del límpido arroyuelo,
Que su noble belleza retrataba:
Sus galas todas ofrecíale el suelo,
Cual si cautiva la natura entera
En su gracia y primor se complaciera.

“Para ella la aurora purpurina
Las perlas llora de sus rizos de oro,
Para ella la fuente cristalina
A la sombra murmura del acoro,
Y el ave de la selva más vecina
Trinos ensaya en armonioso coro;
Se abre á sus plantas la encendida rosa,
Y la violeta y azucena hermosa.

“Era envidia del reino de las flores,
El encanto de todas las zagalas,
El desvelo y amor de los pastores:
Pero ninguno á su querer dió alas,
Ni osó al oído murmurarle amores;
Pues el gran Rey de las etéreas salas,
El mismo eterno Amor había sellado
Ese virgíneo pecho no violado.

“Pero en hora fatal, hora funesta,
Tanta dicha y belleza disipóse.
Era la hora en que el grande astro asesta
Sus más férvidos dardos; recostóse
A la sombra gentil de una floresta,
La bella jóven, y al sopor rindióse
Sin recelar, incauta, ningún daño,
Mientras, á la par, sesteaba su rebaño.

“Cuando, del fondo de la selva obscura,
De improviso brotó sierpe terrible,
Tan maligna en su índole y figura,
Que tan sólo su aspecto era temible
A la misma aura juguetona y pura.
El dragón agilísimo y flexible
Arrastróse por la árida hojarasca,
Semejante en su andar á una borrasca.

“Dió un gran bufido al columbrar su presa,
La niña recostada entre tomillos,
E, irguiendo la crestífera cabeza,
En el pecho clavóle los colmillos;
Y luego el monstruo con tan gran fiereza
La envolvió en sus elásticos anillos,
Que crujieron los huesos dislocados
De la virgen, quedando triturados.

“Y, cual ronco torrente que abandona
Su cauce, y al correr vortiginoso
Los más altos reparos desmorona,
Y arrolla los rebaños espumoso,
Y ni robustos árboles perdona:
Así el dragón fatal sigue furioso
Ganados y pastores destrozando,
Y el arroyo y la hierba emponzoñando.

“Languidecía doquier en la pradera
La macilenta grey, sin que la fuente
O el infecto manjar gustar pudiera;
Y lo que no mató la gran serpiente,
Víctima fué por fin de peste fiera,
Que cundía doquier impunemente:
Así en llanto trocóse, en solo un día,
Tanta gracia, fortuna y alegría.

La dóncella, entretanto, moribunda
Yace en su lecho, entre hórridos dolores:
Es su angustia tan grande y tan profunda,
Que á la muerte prodiga sus amores;
Mas ésta sus requiebros no secunda.
Los tósigos ocultos destructores
Sus entrañas corroen como brasa,
Y en insaciable sed ella se abrasa.

“Triaca alguna ni hierba le prestaba
Ligero alivio, en su fatal dolencia,
Y la marchita virgen arrastraba
Mísera, penosísima existencia:
Con ella aun la mañana agonizaba,
Perdido su frescor y transparencia;
Pálido el campo, solitario y yerto
Gemía con el gemido del desierto.

“Mas quiso el cielo al transcurrir los años
Consolar á esa virgen tan doliente,
Y del gran monstruo reparar los daños,
Príncipe nobilísimo y potente,
Dueño de inmensas tierras y rebaños,
Llegó á aquella región fortuitamente,
E, informado de tanta desventura,
Abre su pecho á singular ternura,

“Y pide se le lleve sin demora
A la alcoba do yace la doncella
Entre la angustia cruel que le devora.
Llegó, la vió, sintió luego por ella
Algo que lo arrebató, lo enamora:
Fúlgido rayo de beldad destella
Aún la mustia virgen; se adivina
Algo celeste entre tan grande ruina.

“¡Cuánto puedes, oh amor! El poderoso
Príncipe ya resuelve desposarse
Con la enferma beldad, y generoso
Extiéndele la mano. Desatarse
La lengua ella no pudo; un amoroso
Lampo vino en sus ojos á posarse,
Y, con dulce sonrisa intelegible,
Protestóle un amor inextinguible.

“Esto bastó al Amante. El poseía,
Mágico talismán con que al momento
Todo bien á su esposavol vería.
Al tumor sanguinoso y virulento,
Do el colmillo la sierpe hincado había,
De su boca aplicó todo el aliento,
Y sorbió todo el tósigo intestino
Que allí dejara el diente viperino.

“Y, adaptando á esos lánguidos despojos,
Su persona, juntó frente con frente,
Pegó boca con boca, ojos con ojos,
Y estrechó á la zagala fuertemente:
Así otro tiempo dió á la muerte enojos
Un gran profeta, á cuya voz potente
Ella soltó su presa aletargada,
En la más tierna edad arrebatada.

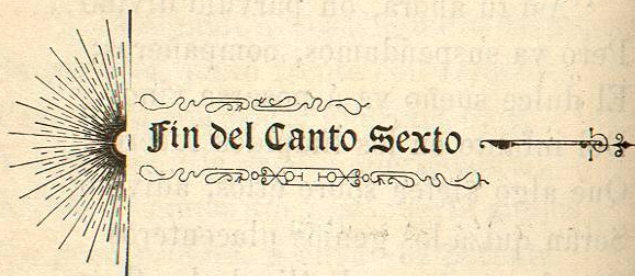
“Así la hermosa ninfa de improviso
Sintióse transformada, cual si oyera
La gran palabra del más grande hechizo.
Tan bella apareció, que su primera
Hermosura sería fulgor postizo;
Toda angustia y dolor desapareciera:
Saltó del lecho, y amorosos lazos
Encontró de su esposo entre los brazos.

“¡Ya de un trono era dueña, ya su frente
A ceñir la diadema se aprestaba.
Con rica pompa, en tanto, alegremente
La gran boda real se celebraba:
Jamás el astro que su carro ardiente
Dentro las ondas azulinas lava,
Un día contempló de mayor gloria,
Que vivirá del hombre en la memoria.

“Así tú ahora, oh párvulo divino
Pero ya suspendamos, compañeros;
El dulce sueño ya á posarse vino
Del infante en los límpidos luceros;
Que algo aletea sobre ellos, adivino:
Serán quizá los genios placenteros
Que duermen en el cáliz de las flores,
Y allí labran perfumes y colores.

“Partamos, pues la sombras se dilatan
Negras, corriendo á paso agigantado,
Como lobos que hambrientos se desatan.
La grey reclama ya nuestro cuidado;
Y, si mal mis palabras no se acatan,
Creed que retornar nos será dado
A visitar este santuario agreste,
Del tierneccico Rey, mansión celeste.

Así Tobías hablaba, con voz grave
Intimando el silencio: á mala pena
Se alejan de esa gruta, donde cabe
El que el inmenso firmamento llena.
Y en tono alegre, concertado y suave,
Su canto pastoril de nuevo suena:
Despiértanse los montes soñolientos,
Y del amor repiten los portentos.


Fin del Canto Sexto

